

La nueva agricultura

EFICACIA DECRECIENTE

Todos los datos disponibles indican que la aportación de energía exterior al proceso agrícola es eficiente en términos energéticos sólo en las fases iniciales de evolución de la agricultura, para tornarse muy pronto ineficiente. Esa ineficiencia presenta además un marcado carácter creciente. A título de ejemplo puede decirse que en Estados Unidos, entre 1945 y 1970, la energía aplicada a la producción de maíz se multiplicó casi por 23 veces al tiempo que la energía aportada por la misma se multiplicaba sólo por dos veces y media.

De todas formas, hay que distinguir entre el consumo de energía que supone la utilización de métodos mecánicos y la que supone el empleo de la química. Mientras la mecanización, excepto en los casos de maquinaria supercompleja, es rentable desde el punto de vista energético, la utilización de métodos químicos presenta caracteres negativos. El problema estriba en que no es posible disociar un elemento de otro. La utilización de la moderna maquinaria agrícola implica el consumo de fertilizantes y plaguicidas sintéticos.

El hecho de que el balance energético de la agricultura intensiva moderna presente un perfil tan negativo es una llamada de atención que debe poner en guardia contra la alegría con que se adoptaron en pasadas décadas los métodos de la revolución verde, pero no es, en sí mismo, un elemento decisivo que deba conducir a una condena global de la modernización agraria. Sería absurdo no recordar los efectos benefactores que para el trabajo de la población campesina supuso la utilización masiva de energía fósil. Pero parece imprescindible intentar conciliar estas ventajas con los graves inconvenientes de la progresiva depauperación de los recursos naturales que supone su extensión.

Algunos observadores han insistido, ante las denuncias del despilfarro energético, en que este sector absorbe sólo el 3,5 % de la energía comercial del mundo. Si esto es cierto, también es verdad que la posibilidad de extensión del modelo americano (que ha llegado a rendimientos energéticos de sólo el cincuenta por ciento y ello aun sin tener en cuenta los gastos en transporte y la elaboración de los alimentos fuera de las explotaciones agrarias) choca con unos límites físicos ineludibles en cuanto a las disponibilidades de recursos energéticos.

La posibilidad de equilibrar consumo de energía e intensidad del trabajo del hombre en la agricultura no debe descartarse, pero parece cada vez más difícil cuando una multiplicación por cinco de los rendimientos en la producción de maíz, gracias a la aplicación de métodos modernos, exige un incremento de la energía comercial empleada del orden de 175 veces más.